

X ESCORZO DE QUITO

Hace un siglo y medio un grupo de hombres audaces e iluminados encabezó una revolución, en Quito, para hacer de nuestro pueblo una nación soberana. Las fuerzas constitutivas de la nación habían germinado ya, a través de centurias, de modo que en Agosto de 1809 explotaron hacia la vida; los hombres que entonces actuaron no eran sino sus agentes. Eran protagonistas movidos por las directrices de la Historia.

La rebelión del 10 de Agosto de 1809 fue la primera, en sentido nacionalista, como expresión de que una nación nueva se había plasmado y anhelaba entrar a formar parte del concierto de los países libres. Así se desprende de los documentos procedentes de aquellos años y que son joyas admirables de nuestra Historia. No fue una mera revuelta contra los españoles, como reacción a su dominio de conquistadores; tampoco fue una subversión por el solo impulso de cambiar de autoridades despóticas. La Revolución de Quito tenía por finalidad iniciar la conquista de la vida soberana para un nuevo grupo humano diferenciado, destinado a vivir con perennidad. A Quito le cabe esta gloria. Durante la colonia la ciudad había pasado amasando una vida cultural, forjando valores literarios y artísticos, levantando arquitecturas que hasta hoy son orgullo del país. Tal superioridad cultural púsola en capacidad de captar la vida exterior, los grandes fenómenos sociales y políticos del mundo que se traducían en caídas de imperios y surgimientos de nuevas naciones.

La ciudad de Quito fue fundada el seis de Diciembre de 1534, por Sebastián de Benalcázar. Dice González Suárez

que Benalcázar y sus hombres llegaron a las cercanías de la ciudad india, Quito el, cinco de Diciembre del año citado; durmieron en las llanuras de Turubamba y a la mañana siguiente entraron a la ciudad. Benalcázar instaló el Cabildo. Pidió a los españoles que desearan ser moradores de la nueva ciudad que se hagan anotar ante el primer escribano público, Gonzalo Díaz de Pineda. Doscientos cuatro españoles, cuyos nombres están escritos actualmente en las paredes de la Catedral, se hicieron inscribir como fundadores de la ciudad castellana y a cada uno se le dió un solar: "ciento sesenta pasos para cada vecino o una cuadra para cada dos vecinos". Los primeros Alcaldes fueron Juan de Ampudia y Diego de Tapia.

Se construyó el primer templo que era una casa de paja, al Norte de la ciudad; se llamaba de Veracruz; hoy se conoce con el nombre de El Belén. Ahora es una pequeña iglesia de paredes encaladas; tiene dos torrecillas, balaustrada y pretil. Adentro ostenta un retablo de los típicos coloniales de Quito. Una placa de mármol, en la fachada, consigna "un homenaje a Pastora Alarcón, quien restauró este templo: construyó el pretil, la escalinata y la balaustrada".

Actualmente, la ciudad de Quito crece con un ritmo acelerado. Su cuerpo colonial termina en la Alameda y es constantemente acosado por la polilla de las construcciones modernas que, poco a poco, van deshaciendo su fisonomía. Quito se extiende especialmente hacia el septentrión, puebla las colinas y se transforma en una urbe importante. Tiene hoy 300.000 habitantes; posee una temperatura media de trece grados a la sombra; sus mañanas generalmente son de una luminosidad escenográfica. En un cielo de azul purísimo navega el sol, como un dios antiguo, cuyos destellos hacen vibrar los colores de las techumbres.

Quito está situado en las faldas del volcán Pichincha —un coloso coronado de nieve— a una altura de 2.819 metros sobre el nivel del mar. En su zona meridional se yergue el cerro llamado Panecillo, cuya cumbre está a 193 metros del plano de la ciudad.

Las lluvias en Quito son abundantes. Su pluviosidad promedial anual es de 1.250 milímetros. La máxima de su temperatura, 29°,9.

La primera iglesia definitiva que se fundó fue la Catedral, después del templo con techo de paja de El Belén. La

Iglesia estaba en servicio en 1550 y el primer Obispo fue García Díaz Arias. Pedro Rodríguez de Aguayo efectuó lo esencial de la construcción en el corto período de tres años, a partir de 1562. Un continuador importante fue Fray Pedro de la Peña. La inauguración efectuóse en 1572. Se distingue por su hermoso atrio y por el templete que da a la Plaza de la Independencia. En el templo catedralicio se conservan los venerandos restos del General Antonio José de Sucre, el héroe más destacado de la guerra de la Independencia, de América Hispana, después de Simón Bolívar. Fue Sucre quien libró las batallas decisivas y finales de la Independencia y particularmente en los fastos de nuestro país escribió las páginas militares de mayor brillo entre todas las acciones de guerra. Nació en Cumaná, Venezuela; formó su hogar en Quito; murió asesinado en Berruecos y sus huesos descansan en nuestra Catedral. Fue un guerrero noble, estrategia superior; en la realidad de la vida se comportó siempre como un caballero completo. Para el pueblo de Quito no sólo es venerada su memoria, sino que su figura es evocada con amor. En una plaza de la Capital hay una estatua de Sucre, en bronce; pero el Ecuatoriano no ha dado todavía lo que la historia del Mariscal justicieramente merece.

Al lado de la Catedral álzase la Iglesia del Sagrario que también es digna de admiración por su portada de piedra, por sus seis columnas sólidas y sencillas adosadas al muro. Se adorna además con cuatro estatuas, dos de las cuales suscitan extrañas evocaciones, quizá góticas: son las figuras, en piedra, de San Pedro y San Pablo. La mampara de madera dorada de la puerta es una monumental obra de talla, con un recargo de exuberante barroco que da idea de la pujanza de una época. La iglesia misma es renacentista, pero la mampara, en que la madera se retuerce y las decoraciones se complican, es obra de época posterior. Data de 1747. El trabajo de la portada se inició en 1699 y se terminó en 1706.

San Francisco es una espléndida fábrica religiosa de Quito. De ella emana una impresión de grandeza, lo cual es muy raro en arquitectura, en donde la grandeza no proviene precisamente del colosalismo de las proporciones. San Francisco —el conjunto de iglesia y convento— es de esos edificios que tienen derecho a ocupar un sitio en la Historia del Arte Universal. Si en Quito existiese sólo San Francisco y no las otras riquezas artísticas, ya esto sería suficiente para

mentonar a la ciudad al hablar de famosas arquitecturas. Prescindiendo de fervores patrióticos —que en arte no cuentan— hay que reconocer que en la América Hispana tal vez no hay dos monumentos de arquitectura religiosa como San Francisco de Quito. Y antes nuestra fábrica debió lucir más, cuando sus torres fueron más altas (las echó abajo el terremoto). La piedra puesta al servicio de un plan armonioso hace de este edificio objeto de admiración. Sus ventanas de la fachada, en que tan sabiamente se han contrapuesto lo cóncavo y lo convexo, el severo y gran pretil, las columnas de la fachada se acoplan como las partes de una concepción estética acertada, superior. Una nota de exquisitez pone la portería de piedra.

El convento se fundó el 25 de Enero de 1535, un año después de haberse fundado la ciudad española, en la fecha recordatoria de la conversión de San Pablo. La construcción se efectuó hasta 1560. La edificación de la iglesia comenzó en 1537 y llegó a su término a fines del siglo XVI. Fray Jodoco Rique, un monje flamenco, fundó el Convento e introdujo el trigo en nuestro país; el primero fue cultivado en lo que es hoy plaza de San Francisco. La memoria de Fray Jodoco está concretada en una estatua de piedra —obra de Luis Mideros— en uno de los ángulos de la Plaza.

Es preciso visitar detenidamente el claustro mayor de San Francisco para llenarse de asombro ante la pureza de la arquitectura; sencillas columnas, arcos de medio punto en el primer piso y escarzanos en el segundo, sumados a una pasamanería de piedra confluyen para suscitar una emoción de quietud mística. El patio está lleno de flores y de altas palmeras; al centro, una fuente de piedra, de cuatro platos, hace oír sus delicados sonos. Las paredes están adornadas con hermosas pinturas y con inscripciones que son páginas de historia. Se experimenta un recogimiento, al entrar en el sencillo y amplio refectorio, que tiene mesas de madera y suelo enladrillado, donde imperan la absoluta limpieza y la tranquilidad definitiva. Allí, el tiempo absoluto se ha detenido. Desde una humilde cátedra de madera, los estudiantes seráficos leen la crónica de la Orden, o la Biblia, o libros santos, mientras los religiosos toman su alimento.

Abundantes páginas harían falta para describir el templo mismo, con sus capillas, como la de Villacís, o la de San José, que son famosas. La vista se pierde entre las riquezas

del Altar Mayor, ubérrimo en decoraciones y en donde se han combinado, con sabiduría, la escultura y la pintura. Allí está la Virgen de Quito, modelo de belleza y de gracia; la Asunción de la Virgen, superación del indio Caspicara y la estatua de San Francisco, otra de sus esculturas de valor universal.

La mirada es atraída por la capilla del Santísimo, donde brillan coronas ducales y baldaquinos con reliquias. No menos impresionante es el artesonado del coro, donde la talla se ha deleitado en equilibrios geométricos maravillosos.

La capilla de Cantuña es también digna de mencionarse por su portada, su altar mayor y el bajorrelieve en madera policromada, obra de Caspicara, que representa el éxtasis de San Francisco, en que el fundador de la Orden aparece de rodillas, con la cabeza un poco hacia atrás, ostentando una suavidad de líneas que hacen plástica la idea de la transverberación.

San Agustín es una fábrica religiosa, en que a los valores artísticos se une la página fundamental de la Historia del País. En su Sala Capitular se ratificó el acta del Primer Grito de Independencia, hace ciento cincuenta años. Todavía, la mesa en que se firmó el documento de ratificación y la cátedra donde se sentó el Presidente, para dirigir la sesión, están intactas, como testigos elocuentes del acontecimiento más glorioso en la vida de nuestro pueblo.

Vale la pena recordar brevemente, como sucedió aquello. Ideas de soberanía habían brillado en las mentes de los hombres de este país, desde viejos tiempos. En Eugenio Espejo tuvieron un fulgor extraordinario tales ideas, a pesar del aislamiento geográfico del país. Espejo, un indio médico, filósofo y periodista publicó a partir de 1792 el primer periódico de nuestra Patria, sembrando con él ideas civilizadoras, nuevas normas pedagógicas y claros propósitos de emancipación. Por sus propósitos libertarios, Espejo murió castigado por la tiranía española. No aró en el mar sino en los corazones. Por eso, en el año de 1809 ya había en Quito una madura conciencia emancipacionista.

La noche del 9 de Agosto de 1809 fueron reuniéndose algunas gentes, en una habitación del edificio del Sagrario, a pocos pasos del Palacio de Gobierno y del Cuartel Real de Lima. Entraban aisladamente, pero con aplomo. Por estar tan cerca de la morada del Presidente de la Real Audiencia,

nadie habría podido figurarse que los que se reunían eran, complotados para echar abajo al Gobierno. La habitación, si bien situada en casa de religiosos, era de una persona particular que habíala tomado en alquiler, por la suma de treinta y ocho pesos anuales. La dueña era una mujer, doña Manuela Cañizares. Todavía existen la Casa y una placa recordatoria de lo que allí aconteció, en la noche a la que nos hemos referido. La dicha Manuela era soltera, simpática; era vivaz y de gran voluntad. Prestó su departamento para que se congregasen allí los cabecillas de la emancipación de nuestro país del yugo de los españoles que había sido demasiado duro. El gran imperio español, bajo cuya bota se hallaba, en calidad de colonia, lo que hoy es territorio ecuatoriano, pasaba por difíciles momentos, con la invasión de las fuerzas napoleónicas. Ya el Rey de España había abdicado y la corona del Imperio fue a ceñir las sienes de un hermano de Napoleón, a quien por mal nombre decían Pepe Botellas.

A las diez de la noche se hallaban ya juntos casi todos los convocados, para dar el golpe de Estado contra el Presidente Conde Ruiz de Castilla y su gobierno, arguyendo que el Poder Central había sido usurpado y no tenían por qué serlo también los gobiernos de las colonias. Examinando los documentos relacionados con el golpe del 10 de Agosto de 1809 se ve que tal argumento no era un pretexto, como se ha hecho aparecer, sino que tenía su base de realidad, lo cual en nada afecta a la circunstancia de que una conciencia definitiva de emancipación ya se había formado en Quito.

En la sesión no estuvo el que habría de ser Presidente de la Junta, Marqués de Selva Alegre, Juan Pío Montúfar. Tampoco, el que sería Vicepresidente, Obispo José Cuero y Caicedo.

El día 8 de Agosto ya se habían recogido, con todo sigilo, las firmas de los que estaban en acuerdo para dar a Quito un nuevo Gobierno, compuesto por criollos. En la tarde del nueve se congregaron los principales complotados que fueron Juan de Dios Morales, Juan Salinas, Manuel Rodríguez de Quiroga, José Luis Riofrío, Antonio Bustamante, Antonio y Juan Ante, Pablo Arenas, Manuel Angulo, José Padilla y el presbítero José Correa. La reunión se efectuó en casa de Francisco Javier Ascásubi (relación tomada de "Quito, Luz de América, por Manuel María Borrero). Allí redactaron el

texto del acta de la Independencia que debía ser firmada esa misma noche en casa de Manuela Cañizares.

Gentes del pueblo llenaban la Casa de Manuela —el nueve, como hemos dicho— y los alrededores capitaneadas por un estanquero de nombre Pedro Veintimilla y por el organista Francisco Guzmán. Leído el proyecto de acta, en que se declaraba que habían cesado en sus funciones los miembros del Gobierno, fue aprobado. Quien dio la lectura fue Juan de Dios Morales y Juan Pablo Arenas lo puso en limpio, una vez aprobado; en seguida, fueron firmando los conjurados, al pie del documento. En el acta se establecía que los barrios de La Catedral, San Sebastián, San Roque, San Blas, Santa Bárbara y San Marcos designaban como representantes a los marqueses de Selva Alegre, Solanda, Miraflores, Villa Orellana y a los señores Manuel Zambrano, Manuel de Larrea y Manuel Matheus; estos representantes debían reunirse con los que nombrasen las provincias de la Presidencia de Quito para que de allí saliese una Junta Central que había de constituir el Gobierno de este país. La misma Asamblea hizo estos nombramientos: Juan de Dios Morales, Manuel Quiroga, Juan de Larrea, Ministros de Guerra, Justicia y Hacienda, Jefe de las tropas fue designado el Coronel Juan Salinas.

Hasta ese momento, todo marchaba bien, pero faltaba dar el golpe de Estado. Designóse al doctor Antonio Ante para que una vez que fuese conquistada la guarnición militar de la Plaza, llevara el acta original revolucionaria al Presidente de la Real Audiencia, notificándole del término de sus funciones. Acordóse también enviar a Juan Salinas para que se trasladara al vecino Cuartel Real de Lima, a fin de que lo someta utilizando los servicios de algunos comprometidos. Juan Salinas encontró en el Real de Lima, un centinela que cumplió su palabra de conjurado y le dejó pasar; los demás comprometidos igualmente cumplieron su ofrecimiento de cooperar con la transformación. Salinas habló a la tropa sobre lo acaecido hasta ese momento; explicó que el Gobierno español había sido liquidado y dió cuenta de la formación del nuevo. La fuerza armada aceptó la nueva realidad política. Como Salinas tardóse más de la cuenta en esta operación, que por cierto no fue muy fácil, algunos de los presentes en casa de Manuela Cañizares empezaron a dubitar y a ver negro el panorama, pero Morales les dió ánimos, hasta que al

fin llegó el victorioso Salinas. Fue recibido con aclamaciones. El cambio político se efectuó sin una víctima. Todo se hizo con rapidez y precisión.

En la mañana del 10 de Agosto estaban juntos en la Plaza Mayor pueblo y tropa y volaban, con sus alas de bronce, las companas. A las diez de la mañana de ese mismo día se congregó nuevamente la Junta, pero en el Palacio y proclamó la Independencia de este territorio en acto solemne, sin violencia. El 15 de Agosto se posesionó de vocal Cuero y Caicedo. El 16 se realizó la famosa reunión en la sala capitular agustiniana; allí estuvieron presentes los representantes de los barrios. La gente ocupó además de la sala los espacios claustros. Presidió la histórica sesión el Marqués de Selva Alegre, en una cátedra dorada, refulgente, labrada en madera con estupenda destreza artística y que por fortuna hasta hoy existe. A la sesión acudieron no sólo los ricos e influyentes, sino también los comerciantes, los artesanos, el pueblo.

Tres personas tomaron la palabra en el acto solemne: el Presidente y los Ministros Manuel Rodríguez de Quiroga y Juan Larrea (tomado de "Quito, Luz de América"). Entre los varios motivos enunciados para haber dado el golpe emancipador señalaron éste: "la defensa y prosperidad de la Patria, mediante un gobierno nacional". Rodríguez de Quiroga leyó todos los documentos y dio a conocer las decisiones tomadas por la Junta, a partir del nueve de ese mes. La Asamblea ratificó todo lo actuado. Y para constancia, se firmó un acta, la más famosa hasta aquí, de toda nuestra Historia. Ese documento fue autorizado por los escribanos de Cámara y Gobierno Públicos y Reales de esta Capital. Al otro día, el 17, hubo el Te Deum de la Independencia, oficiado por el Obispo Cuero y Caicedo, Vicepresidente de la Junta Suprema.

El convento de San Agustín, en cuyas criptas descansan los restos de los héroes que fueron masacrados el dos de Agosto de 1810, se enorgullece de sus valores artísticos, como las columnatas de sus claustros; pero, uno de ellos asume una categoría excepcional; es un grupo de doce cuadros pintados por el más famoso de los artistas del pincel en toda la historia colonial de Quito, Miguel de Santiago. Sus obras representan varios de los pasajes de la vida del Obispo de Hipona. Otras obras de Miguel de Santiago se encuentran en San

Francisco, en Guápulo, en el Museo de Arte Colonial de la Casa de la Cultura.

Una construcción fundamental en la fisonomía de Quito es la Capilla de Nuestra Señora del Rosario sobre el Arco de la Loma. Es un arco abovedado, escarzano, de piedra, adornado con preciosas molduras y sobre el que se alza —de manera tan original— la Capilla de la Virgen del Rosario. Así, pues, el transeúnte pasa por debajo de la Capilla, la cual, por otro lado, es un acierto arquitectónico. Es una construcción de piedra que termina en dos cúpulas. Está situada como si dijéramos en la puerta del centro de la ciudad. Se destacan desde la distancia sus arquillos ornamentales y sus ventanas. En su interior, la Capilla es una joya de talla en madera pintada de rojo y oro; relumbran allí las columnas salomónicas cargadas de pámpanos.

Entre las iglesias de primera importancia en Quito, por el aspecto artístico, está la de la Compañía de Jesús. Su fachada es un poema en piedra. Un poema barroco. Un poema de nubes, columnas y santos. Parece una vieja roca tallada por los milenios. Y sin embargo, esta fachada no tiene más de ciento noventa años. Sus columnas salomónicas y estriadas se ubican en dos planos. Estatuas, hornacinas, poderosas cornisas, corazones en bajorrelieve, dan variedad y animación al conjunto. La fachada se desarrolla en varios planos. Se persigue disimular la arquitectura con la riqueza de la decoración. Es el polo opuesto estéticamente al de la fachada de San Francisco. El techo de la iglesia está decorado a maravilla, con motivos lineales que dan un efecto mágico. Entre las obras de arte que conserva la iglesia de la Compañía de Jesús hay que mencionar una serie de pinturas colocadas en las pilastras de la nave central y que representan a los profetas del pueblo hebreo. Su autor es Nicolás Javier de Gorívar, quien fue formado en el taller de Miguel de Santiago.

La Iglesia y convento de Nuestra Señora de La Merced, a tres cuadras de la Plaza de la Independencia forman un monumento de mucha importancia. Tiene la iglesia una alta torre, con reminiscencias árabes y un reloj que es más antiguo que la República del Ecuador. Se adorna con un amplio atrio, hacia la Plaza y tiene una famosa capilla, construida por Diego de Sandoval. Es la de San Juan de Letrán. La construcción de la gran basílica mercedaria, después de varias etapas de trabajo, dió término en el año de 1736. En el con-

vento hay un amplio patio enladrillado, donde inclusive se realizaban corridas de toros, en viejos tiempos. En el centro del patio yérguese una pila de piedra, con tritones labrados. Los mercedarios poseen un nutrido museo de arte y de historia. Es de categoría artística su claustro principal y son imponentes los abovedamientos del refectorio.

Quito tiene otros templos de menor importancia, pero no por eso sin valor. El de Guápulo, situado en un pozo profundo, de color verde, alberga pinturas de Miguel de Santiago. El del Tejar, recoleta de La Merced, es notable por sus claustros y su biblioteca; el de San Diego que fue recoleta franciscana, guarda una buena pinacoteca y la escultura de Cristo, objeto de una leyenda; además su púlpito es de las obras valiosas de Quito. Los Cármenes ostentan su severa arquitectura. El Antiguo o de San José fue la morada de Santa Mariana de Jesús. Santa Clara sobresale por su impresionante juego de cúpulas.

Quito no solamente es el centro de la nacionalidad ecuatoriana y dió en su suelo el primer grito de independencia, así como la batalla con que la obra de la liberación llegó a su término, sino que también en esta tierra alentó la mayor aventura exploradora de los tiempos coloniales. En el año de 1542, ocho años después de la fundación de la ciudad castellana, Francisco de Orellana, con gente de Quito, descubrió el Río mas caudaloso del mundo, el Amazonas. El descubrimiento del gran Río ha sido quizá la mayor expedición realizada en tierra de Sudamérica, por lo fructífera. Los brazos de la desembocadura del Amazonas suman una anchura de 520 kilómetros y su poderoso caudal arroja al mar tres millones de metros cúbicos de sedimentos, al día.

Fue hallado el Río Amazonas por Francisco de Orellana y 57 hombres que lo recorrieron, en dos bergantines, armados en plena selva, por ellos mismos. Un relato de Fray Gaspar de Carvajal, religioso que tomó parte en la expedición, describe el viaje penoso, una verdadera Odisea.

Gonzalo Pizarro se había internado en el Oriente, por el camino de Quito, en busca del soñado País de la Canela; en el pueblo de Quema fue a unírsele Francisco de Orellana. Pero después de algún tiempo, el mismo Pizarro destacó a Orellana y a cincuenta y siete hombres para que se internaran, navegando, hacia el Este, en busca de comida y novedades. Orellana y sus hombres no pudieron —y propiamente

no quisieron —navegar aguas arriba para retornar donde Pizarro, o sea que siguieron hasta el fin, sobre las aguas del Río más caudaloso del mundo, hasta salir al Atlántico.

La obra empezada el 10 de Agosto de 1809, con las enseñanzas de Espejo, principalmente, con la participación fundamental del pueblo de Quito, para constituir una soberana nación, culminó en el mismo suelo de Quito, el 24 de Mayo de 1822, después de trece años de sufrimientos y de lucha enconada. El 24 de Mayo se libró, en las faldas del Pichincha, donde ahora se yergue un modesto y descuidado monumento, la batalla definitiva de la emancipación de América Hispánica; pues, las posteriores en el Perú fueron triunfos consecuentes del éxito de Pichincha, una vez que al tener los libertadores, en sus manos, todo el Norte de la América del Sur y las llanuras argentinas, el destino de los españoles —su expulsión— estaba sellado y era sólo cuestión de tiempo. El glorioso combate fue dirigido por el entonces General Antonio José de Sucre; sus tropas que habían pasado la noche del 23 de Mayo en el pueblo de Chillogallo, a las ocho de la mañana del día siguiente estuvieron en las faldas del Pichincha, a donde salieron a detenerles los españoles, comandados por el General Aymerich. Los batallones Paya, Yaguachi y Albión fueron los que atacaron con más violencia, desbaratando especialmente al Regimiento Aragón que se había trepado por la chorrera del Pichincha. Habiendo empezado la acción de armas a las ocho de la mañana, a las doce y media del día la victoria se decidió a favor de nuestras tropas; el pueblo de Quito presenció el combate, desde las terrazas y techumbres. Las tropas victoriosas descendieron por lo que hoy es el Tejar y allí plantaron, para que nunca más sea arriada, la bandera de la Patria, formada con los colores del Iris, como había dispuesto Simón Bolívar.

En la acción de armas de Pichincha se destacó más que todos los combatientes el teniente cuencano —o sea de la Presidencia de Quito— Abdón Calderón, quien según el parte oficial del general Sucre, a pesar de haber recibido cuatro heridas, no quiso retirarse del combate. Después de muerto fue ascendido a Capitán. Su conducta es y será un ejemplo de decoro y de amor a la Patria.

Los pasos fundamentales de la nación ecuatoriana han sido dados por la ciudad de Quito, desde los tiempos más re-

motos. Pese a momentáneas incomprensiones Quito es y seguirá siendo la cabeza de la Nación, el guía de todos estos pueblos agregados en un todo, fundidos en ese todo indestructible que se llama nacionalidad ecuatoriana.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL